IV. DISCUSION

Los resultados de la presente investigación revelaron diferencias significativas de género y grupo de edad en las atribuciones del mal humor que pudiera presentar una mujer al ciclo menstrual. En relación con la primera hipótesis: “El mal humor que pudiera presentar una mujer, es atribuido a la fase del ciclo menstrual en mayor grado por los hombres que por las mujeres”, se observó lo siguiente: Por un lado, los hombres adultos tempranos le dieron más prioridad al ciclo menstrual que las mujeres de la misma edad. En contraste, en los adultos tardíos, las mujeres le dieron más prioridad que los hombres al ciclo menstrual. Es decir, la hipótesis resultó cierta únicamente para el grupo de adultos tempranos.

Al comparar a las mujeres adultas tempranas con las mujeres adultas tardías, se encontró que hubo un mayor porcentaje de adultas tempranas que tienden a atribuir su mal humor al ciclo menstrual en mayor medida que las segundas. Dicho resultado fue estadísticamente significativo al realizar la prueba de la chi-cuadrada. Sin embargo, es importante mencionar que no se encontraron diferencias significativas al utilizar la t-student para comparar las medias obtenidas entre ambos grupos. Por lo que la segunda hipótesis: “El mal humor que pudiera presentar una mujer, es atribuido a la fase del ciclo menstrual en mayor grado por las mujeres adultas tempranas que por las mujeres adultas tardías” sí se cumplió pero sólo parcialmente.

Al realizar comparaciones según el grupo de edad, los resultados en hombres mostraron que los adultos tempranos le dieron más prioridad al ciclo menstrual que los hombres adultos tardíos, siendo estos resultados

estadísticamente significativos. Por lo que la tercera hipótesis del estudio: “El mal humor que pudiera presentar una mujer, es atribuido a la fase del ciclo menstrual en mayor medida por los hombres adultos tempranos que por los hombres adultos tardíos”, fue comprobada.

Asimismo, la cuarta hipótesis del estudio: “El mal humor que pudiera presentar una mujer es atribuido a la fase del ciclo menstrual en mayor medida por aquellos sujetos que creen que un porcentaje elevado de mujeres tienen SPM, que por aquellos sujetos que creen que es bajo el porcentaje de mujeres con SPM”, también fue comprobada, ya que los resultados mostraron que el *grupo mayoría* fue el que le dio la mayor prioridad a la fase del ciclo menstrual.

Al realizar comparaciones según el género y la edad, un resultado mostró que los hombres adultos tempranos le dieron más prioridad al ciclo menstrual que las mujeres adultas tempranas, lo que concuerda con los estudios conducidos en Norte América en los años 80´s (Brooks-Gunn y Ruble, 1986; Chrisler, 1988). Dichos estudios mostraron que los hombres se encuentran más propensos que las mujeres a percibir la menstruación como un evento debilitante. En este sentido, se sabe que el ambiente social, cultural y familiar en el cual la gente crece ejerce una influencia en sus creencias y actitudes hacia la menstruación. Diversos estudios han demostrado que las actitudes y creencias que se tienen acerca de la menstruación se forman tempranamente y están basadas en estereotipos culturales (Anson, 1999; Chaturvedi y Chandra, 1991). Debido a esto, este resultado sugiere que el mal humor de una mujer forma parte del estereotipo que los hombres adultos tempranos tienen de la mujer mexicana, según el cual la mujer siempre se encuentra de mal humor

durante su ciclo menstrual. Una vez aclarado esto, el resultado se puede deber a que el conocimiento adquirido por los hombres sobre la menstruación es únicamente inferencial, por lo que los hombres adultos tempranos tienden a ser más influenciados por estereotipos culturales. Dichos estereotipos fueron reportados como negativos en la sociedad Occidental (Richardson, 1991; Walker, 1997). De hecho, la mayor parte de la información que se refiere a los cambios menstruales se enfoca exclusivamente en los cambios negativos. Sin embargo, aunque la mayoría de los síntomas premenstruales y/o menstruales son desagradables, dichos síntomas no representan la experiencia común en las mujeres (Walker, 1997).

Los estereotipos que se tienen sobre la menstruación provienen de varias fuentes, de entre las cuales los medios masivos de comunicación desempeñan un papel muy importante ya que influyen de alguna manera en los comportamientos, pensamientos, sentimientos, creencias, temores y deseos que se tienen de la mujer (Raftos, Jackson y Mannix, 1998; Urra, Clemente y Vidal, 2000). La publicidad propia de estos medios contiene mensajes que tienen un impacto en la formación de actitudes en nuestra sociedad (Morris, 1997).

En algunos países se han analizado los anuncios de productos relacionados con la menstruación y se ha revelado que la imagen que se exhibe sobre la menstruación es negativa. Ésta es expuesta como un evento molesto que implica miedo y vergüenza, además de que interrumpe el funcionamiento “normal” del cuerpo y altera el estado emocional de la mujer (Havens y Swenson, 1988; Merskin, 1999; Park, 1996; Raftos y cols., 1998; Rosengarten,

2000; Suellen, 1998). A este respecto, en un estudio realizado en México en el cual se llevó a cabo un análisis de la publicidad de productos relacionados con la menstruación en revistas dirigidas a adolescentes, se encontró que el mensaje más difundido en los anuncios es que la menstruación es un evento limitante, esto es, que interfiere con las actividades cotidianas de los adolescentes (Cortés-Iniestra, Marván y Lama, 2004).

Una explicación adicional y alternativa al resultado encontrado es que los hombres adultos tempranos hayan respondido al cuestionario de la presente investigación basándose únicamente en las quejas de las mujeres con las que interactúan diariamente, las cuales tienden a exagerar la intensidad de sus síntomas premenstruales (Marván y Cortés-Iniestra, 2001). Muchas mujeres suelen describir sus propios síntomas premenstruales y menstruales como negativos aún cuando éstos no interfieren con sus actividades diarias. Sin embargo, los hombres pueden enfocarse más en el mensaje que las mujeres transmiten (de queja) que en la manera en la que se comportan (Brooks-Gunn y Ruble, 1986).

Las creencias y las actitudes que se tienen hacia la menstruación han cambiado en los últimos años. Algunos estereotipos hacia las mujeres han desaparecido, sin embargo, los adultos tempranos siguen considerando a la menstruación como un evento negativo y molesto con el cual las mujeres tienen que lidiar (Marván, Cortés-Iniestra y González, 2005).

Otra interpretación al resultado encontrado se relaciona con lo que Lawlor y Choi (1998) encontraron en su estudio, en el cual las mujeres atribuyen su estado de ánimo negativo al ciclo menstrual, pero también atribuyen el mismo

estado en otros momentos a factores externos. Esto corresponde en teoría al error fundamental de atribución, que se refiere al hecho de considerar factores externos como menos probables de ser la causa de la conducta. Byrne (1998) lo define como nuestra fuerte tendencia a explicar el comportamiento de los demás en términos de causas disposicionales (internas) más que situacionales (externas). Es decir, se tiende a creer que los demás actúan como lo hacen debido a causas internas y no a la situación en la que se encuentran. De esta manera los hombres adultos tempranos en este estudio atribuyeron el mal humor de una mujer principalmente a una causa interna, al ciclo menstrual y sus cambios hormonales, más no a una causa externa o situacional a pesar de todos los eventos negativos que le ocurrieron a la protagonista de la historia.

En contraste con el resultado anterior, es importante mencionar el hecho de que las mujeres adultas tardías hayan atribuido más el mal humor de una mujer al ciclo menstrual que los hombres adultos tardíos. Esto puede ser una consecuencia de que las mujeres adultas tardías hayan sido criadas alrededor de una cultura en la cual el tema de la menstruación no se trataba en el ámbito familiar. Esto es, es posible que encontraran molesto el hecho de que tuvieran que ocultar su menstruación y que no pudieran hablar acerca de sus propios síntomas. Asimismo, las mujeres maduras son las más propensas a creer que deben dejar de realizar ciertas actividades mientras están menstruando (ej. nadar, fumar, cargar cosas pesadas, hacer ejercicio, ingerir algunos alimentos o tomar bebidas frías). De manera similar, en un estudio realizado en España, cuando mujeres españolas de diferentes rangos de edad fueron entrevistadas acerca de sus experiencias relacionadas con su primera menstruación, las

mujeres nacidas antes de 1960 reportaron que en su infancia se les habló más acerca de las prohibiciones y actividades limitantes de ésta (Thurén, 1994).

Al comparar a las mujeres adultas tempranas con las mujeres adultas tardías, se encontró que las primeras tienden a atribuir su mal humor al ciclo menstrual en mayor medida que las segundas. Muchos tabúes referentes al ciclo menstrual y ciertas expectativas estereotípicas en relación con las mujeres y su menstruación han prevalecido en sociedades occidentales contemporáneas (Heard y Chrisler, 1999; Kowalski y Chaple, 2000). De esta manera, si una mujer cree que la menstruación se acompaña de cambios negativos, tendrá una mayor propensión a experimentarlos, o bien creerá que las molestias que pudiera tener durante este periodo se deben necesariamente a la menstruación y no a otras causas (Parlee, 1974). Actualmente, esto es lo que puede ocurrir con las jóvenes universitarias.

Asimismo, la creencia de que la menstruación afecta el desempeño de las mujeres causa que las mujeres se auto incapaciten y utilicen al ciclo menstrual como excusa para no hacerse cargo de sus responsabilidades (Chrisler y Caplan, 2002). Dicha creencia afecta en mayor medida a las últimas generaciones gracias a los medios de comunicación actuales que sólo se encargan de reforzarla. A este respecto, en un estudio realizado en México en el cual se llevó a cabo un análisis de la publicidad de productos relacionados con la menstruación en revistas dirigidas a adolescentes, se encontró que el mensaje más difundido en los anuncios es que la menstruación es un evento limitante, esto es, que interfiere con las actividades cotidianas de los adolescentes (Cortés-Iniestra, Marván y Lama, 2004).

En áreas urbanas, las actitudes que se tienen hacia la menstruación han sido estudiadas únicamente en niñas premenarcas (Marván, Espinosa-Hernández y Vacío, 2002). Sin embargo, un estudio reciente (Marván, Morales y Cortés-Iniestra, 2003) fue realizado para explorar la experiencia de la menarca en mujeres mexicanas de diferentes generaciones. De acuerdo a él, estudiantes universitarias presentaron más sentimientos ambivalentes acerca de la menarca que mujeres más maduras. Estas últimas reportaron tener sentimientos positivos, pero sólo aquellas que fueron informadas acerca de la menstruación antes de ser experimentada por primera vez.

En lo que al cambio generacional se refiere, es importante mencionar que los hombres adultos tempranos le dieron más prioridad al ciclo menstrual que los hombres adultos tardíos. Es posible que este resultado se deba al hecho de que el ciclo menstrual sea un tema que es discutido más abiertamente entre gente joven que entre gente madura. Los adultos tardíos se encuentran menos propensos a conocer el momento en que las mujeres cercanas a ellos están menstruando. Tampoco están acostumbrados a hablar acerca de la menstruación y sus consecuencias. El resultado de la presente investigación concuerda con el resultado del estudio realizado por Marván, Cortés-Iniestra y González, 2005 en el cual se analizaron las diferencias en las creencias y actitudes hacia la menstruación según el género y la edad. Según dicho estudio, se encontró que el grupo de hombres maduros (de entre 50 y 60 años) estaban más propensos a creer que la menstruación debe ser manejada en secreto. Además, hubo 15 hombres y 5 mujeres del grupo de edad madura que se negaron a contestar el cuestionario cuando se les informó que se trataba de la menstruación, mientras que ningún participante joven se resistió a

responderlo. Estos últimos hallazgos pueden estar relacionados con otro resultado (Chrisler, 1988), que mostró que los hombres adultos tempranos perciben a la menstruación como más debilitante y molesta que los hombres adultos tardíos. Esto se debe a que las mujeres cercanas a éstos últimos no estaban acostumbradas a hablar con ellos del ciclo menstrual.

Los hombres adultos tardíos no recibieron la educación necesaria acerca del ciclo menstrual conforme iban creciendo. Asimismo, cuando eran adolescentes, no tuvieron acceso a anuncios de ningún tipo acerca de productos relacionados con la menstruación. Por otro lado, en la actualidad, los adolescentes mexicanos se encuentran expuestos continuamente a este tipo de publicidad, la cual percibe a la menstruación como debilitante y restrictiva (Cortés-Iniestra, Marván y Lama, 2004). Los mensajes de los medios masivos de comunicación pueden ejercer una influencia significativa en las actitudes y creencias que se tienen acerca de la menstruación, especialmente en aquellos que no la experimentan.

Por último, un resultado relevante y digno de discutir es que aquellos sujetos que creyeron que un porcentaje elevado de mujeres tienen SPM atribuyeron el mal humor de una mujer en mayor medida al ciclo menstrual que aquellos sujetos que creyeron que es bajo el porcentaje de mujeres con SPM. Dicho resultado sugiere que no existe suficiente información sobre lo que es el SPM y la información que existe en los medios de comunicación se encuentra distorsionada. Por lo tanto, los sujetos tienden a atribuir al ciclo menstrual cualquier conducta irracional de una mujer aunque no exista ninguna relación.

El concepto de Síndrome premenstrual (SPM) ha recibido mucha publicidad en los medios de comunicación y ahora forma parte del lenguaje diario. Chrisler y Levy (1990) encontraron que casi no se hacen distinciones entre los cambios premenstruales y el SPM. El problema de que el concepto de SPM esté tan vagamente definido incrementa la posibilidad de que casi toda mujer presente uno de los síntomas más no todos. Esto promueve el auto diagnóstico, valida el constructo y soporta el estereotipo de que la mujer se convierte en una monstruo menstruante debido a los cambios hormonales. Chrisler y Levy también encontraron una tendencia hacia la negatividad de los cambios premenstruales y concluyeron que los medios masivos de comunicación transmiten mensajes distorsionados, poco atinados y con una perspectiva limitada sobre lo que es el SPM. El hecho de que la mayoría de los sujetos que participaron en el presente estudio, crean que el 70% o más de las mujeres padecen de SPM, se puede deber a la información distorsionada por los medios de comunicación (de la que se habló anteriormente) unida a la existencia de actitudes negativas y estereotipos que se tienen hacia la menstruación. La mayoría de la gente que se forma sus propias creencias y actitudes hacia la menstruación basándose únicamente en lo que los medios de comunicación transmiten sobre el tema, creen que el ciclo menstrual tiene un impacto negativo en el funcionamiento físico y psicológico de las mujeres (Choi, 1995). En este sentido, Lawlor y Choi (1998) dicen que cuando se presentan creencias culturales negativas es posible que se lleven a cabo atribuciones equivocadas sobre las causas de la conducta de las mujeres.

La predisposición a mostrar síntomas premenstruales o menstruales tiene un efecto bien comprobado en el reporte de la sintomatología perimenstrual. Es

así como las niñas premenarcas que esperan tener síntomas perimenstruales, efectivamente reportan esos síntomas al comenzar a menstruar (Koff y Rierdan, 1996). De igual manera, las mujeres que creen que el síndrome premenstrual es tan común que ocurre en la mayoría de las mujeres, tienden a exagerar la intensidad de sus propios síntomas premenstruales (Marván y Cortés-Iniestra, 2001). Aunque los datos empíricos no justifican la mayor parte de estas creencias y expectativas hacia el SPM, Houppert (1999) estableció que mucha gente sigue creyendo que los síntomas premenstruales son universales y que además tienden a ser molestos y debilitantes (citado en Marván y Cortés-Iniestra, 2001).

La menstruación tiene aspectos positivos, pero debido al enfoque negativo que la literatura científica y popular se han empeñado en brindarle, dichos aspectos se han visto oscurecidos. La publicidad de productos relacionados con la menstruación sólo se ha encargado de reforzar el concepto ya existente en la sociedad, lo que hace que se retroalimentan las actitudes negativas en lugar de cambiarlas por otras más positivas. En tal sentido, se ha demostrado que el simple hecho de que una mujer sepa que la menstruación puede ser vista como un fenómeno positivo puede hacer que cambie su actitud hacia el fenómeno y se vuelva igualmente más positiva (Chrisler, Johnston, Champagne y Preston, 1994).

Existen algunas implicaciones referentes a esto que deben ser tomadas en consideración. Por ejemplo, menos mujeres reportarían tener SPM si los medios de comunicación y los profesionales que se dedican al tema redefinieran al Síndrome Premenstrual como un síndrome poco común y se

sugiriera que las mujeres buscaran explicaciones alternativas al experimentar estados de ánimo negativos. Unido a esto, se debería de establecer una diferencia clara entre los cambios premenstruales normales y aquellos que son severos y pueden formar parte de un síndrome. Además, sería conveniente que se le diera un mayor énfasis a los cambios premenstruales positivos que pudieran llegar a ocurrir. En un estudio realizado a mujeres sin SPM, los investigadores encontraron que cuando el concepto de “goce menstrual” fue introducido en un cuestionario previo a la administración del Cuestionario de creencias y actitudes hacia la menstruación y el “Menstrual Distress Questionnaire (MDQ)”, los resultados revelaron que las mujeres reportaron un mayor número tanto de actitudes positivas hacia la menstruación como de creencias positivas hacia los cambios en su ciclo menstrual (Chrisler, Johnston, Champagne y Preston, 1994). Es importante mencionar el hecho de que las mujeres reconocieron que antes de su participación en dichos estudios nunca habían considerado que la menstruación tuviera algún aspecto positivo. Chrisler et al. concluyeron que la forma en la que las autoridades transmiten la información sobre el ciclo menstrual ejerce un impacto significativo en las mujeres. Es debido a esto que los investigadores pueden contribuir cambiando las expectativas y estereotipos para transformar el pensamiento negativo que se tiene hacia la menstruación. Finalmente, se le debería de poner más atención a las atribuciones que pueden afectar el reporte de la sintomatología premenstrual.

Para la presente investigación, es importante mencionar el hecho de que se conozcan las creencias y actitudes que una cultura específica tiene hacia la

menstruación para poder entender el comportamiento presentado tanto por las mujeres en su menstruación como por las personas que las rodean.

Con respecto a las limitaciones encontradas en la presente investigación, algunas sugerencias deben ser tomadas en cuenta. Los participantes escogidos fueron de clase media y con un nivel educativo alto, por lo que se sugiere que en investigaciones futuras se replique la investigación con hombres y mujeres mexicanos de diferentes niveles socioeconómicos.